

## CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO

### LA ÉTICA DEL AMOR

#### 1. *Mostrar a Dios.*

No he podido demostrar a lo largo de estos capítulos la existencia de Dios para los escépticos, ni tampoco les he podido decir *¡míralo está aquí!* Y yo quisiera en este capítulo poder decirlo, mostrar a Dios. Para mí Jesús de Nazaret es Dios con nosotros, pero yo no puedo como es evidente presentar a Jesús como se hace con un amigo dándole la mano. Si hablo de él pues lo más que podré conseguir será que reconozcan la excelencia humana del hombre que fue Jesús como personaje de la historia, y quizás explicar a través de él la idea que yo tengo de Dios. Pero la idea de Dios interesa ahora a muy pocos. Hablar de Dios hoy por hoy no resulta nada fácil, dando la impresión que es una idea agotada, vieja, cargada con demasiada historia a menudo oscura y negativa. Si no interesa la idea de Dios, ¿cómo puedo hablar de Jesús-Cristo y peor aún mostrar a Dios?

A pesar del relativismo nihilista y consumista tan extendido hoy, sobre todo en Europa, creo que aún se puede hablar de valores y convicciones, hablar de lo mejor para el hombre, en la búsqueda de la justicia, del futuro personal y colectivo de la humanidad, y por vía de la ética llegar a la propuesta de Dios. Abrir expectativas para la esperanza, de que un mundo mejor es posible no sólo para la humanidad en general, sino para cada uno, no sólo es factible sino necesario. Ciertamente es que trabajamos para mejorar las condiciones que tenemos, pero también debemos hacerlo con la mirada puesta en las siguientes generaciones para poder seguir avanzando y tener futuro. No podemos dejarles un mundo destrozado, inhabitable, sino todo lo contrario. Y esto implica progresar en el sentido ético y en el nivel de justicia. Las alternativas son claras, o nos decidimos por la justicia o no habrá futuro. Pienso que al elegir la justicia, nos colocamos en la ruta del Bien y por tanto de Dios.

#### 2. *Mecanismos de elección; la conciencia ética.*

Según tengo entendido, para tomar decisiones hay que poner en marcha un complejo proceso, en el que solo una parte pequeña es consciente. La función racional del cerebro elabora juicios de valor, que son eficaces cuando opera con dos o tres factores, no más. Elegido el valor mejor, hay que tomarse un tiempo para que puedan activarse las áreas de recompensa (núcleo acumbens), las emocionales (la amígdala), las de memoria (el hipocampo) entre otras, para visualizar previamente sus resultados y compararlos con situaciones parecidas anteriores. Cuando se ha realizado todo este proceso se toma la decisión consciente, la cual se parece más a una corazonada que a una argumentación lógica. En el caso de asuntos complejos, se comprueba que cuantos más factores analicemos, las decisiones que tomemos se ajustarán mejor a lo que nos conviene e interesa. De las decisiones apresuradas, tarde o temprano acabamos por arrepentimos. Por tanto, si queremos elegir bien, no solo se trata de buscar soluciones racionales sino habrá que dejar que nuestro cerebro active otras áreas como las que corresponden a la inteligencia emocional y repetir el proceso de análisis varias veces, dándole tiempo para

que pueda valorar y ajustar todos los factores implicados, cuantos más mejor.

La corazonada en el momento de la decisión, no equivale a un proceso extraño a nosotros mismos en el sentido de inspiración espiritualista, sino al contrario es un mecanismo propio de nuestro cerebro que analiza muchos más datos, experiencias o factores de los que alcanzan a nuestro consciente. Por esto, en muchas de nuestras decisiones, no encontramos la línea argumentativa racional que permitan explicarlas y menos justificarlas. A menudo no sabemos por qué hicimos tal cosa o tal otra. Si nos exigen explicación, pues tenemos que hacer un gran esfuerzo para dilucidar las posibles motivaciones, con suerte tal vez alguna de ellas sea la correcta.

La conciencia ética es un mecanismo cerebral de adaptación, por el cual ajustamos nuestro comportamiento al entorno y situaciones en las que nos movemos. Por tanto, para mí, la conciencia no es un hombrecillo, un ente metafísico como la mente, un Yo, un sujeto, un espíritu, un alma o ángel metido en nuestro cerebro o en relación íntima con él, ni tampoco la voz de Dios que oímos en nuestro interior, sino sólo un mecanismo o proceso que se hereda como una función más de nuestro complejo cerebro, probada eficazmente por selección evolutiva. Aún es pronto para conocer científicamente como funciona, pero los esfuerzos de investigación en este campo están dando resultados que obligan a cambiar cada pocos años las concepciones anteriores. Las elucubraciones filosóficas y metafísicas sobre la mente o sobre la autoconciencia de identidad, del yo como ente, etc., al no tener ninguna base científica se han quedado en suspenso. No es este el lugar para explicar neurociencia, pero sí indicar que debemos estar abiertos al nuevo paradigma sobre la función cerebral que se está gestando y no aferrarnos a antiguas concepciones que hoy resultan inútiles.

Por resonancia magnética, TAC, u otros procedimientos semejantes, podemos observar cómo se activan ciertas áreas cerebrales o pequeños núcleos neuronales que corresponden a actividades concretas que realizamos. Así, si actuamos de determinada forma los mecanismos de recompensa que corresponden a núcleos muy concretos del cerebro se activan, produciendo ciertas hormonas (endorfinas) que hacen que nos sintamos bien, y en caso contrario molestos, tristes o deprimidos. Siempre se ha dicho que nuestra conciencia nos premia o castiga en relación con nuestros comportamientos. Hoy conocemos en parte su causa, un mecanismo de recompensa para ajustar nuestro comportamiento al entorno. Evidentemente sentirnos satisfechos con lo que hacemos, a gusto con nosotros mismos y con el medio en el que nos movemos, es fuente de salud. Las cosas nos van bien y las hacemos bien. De este proceso deducimos el primer principio de la ética: *actuar de acuerdo con nuestra conciencia*. Dicho de otro modo, tener una conciencia limpia, que no nos reproche ni culpabilice de nada que sea importante.

No es sano ni ético vivir contra nuestra propia conciencia. Si lo hacemos pronto aparecerán desequilibrios psíquicos que se agravarán en el tiempo, haciéndonos la vida insoportable y quizás enfermando. Hay dos soluciones para evitarlo: una será rebajar las exigencias de la conciencia a un mínimo imprescindible y que se acomode mejor a nuestros comportamientos reales, y la otra será ajustar nuestros comportamientos a esos mínimos esenciales y necesarios que la conciencia nos exige. Cuando incluso lo esencial nos parezca excesivo pues continúa culpabilizándonos, se podría abordar con un sistema de plazos. “Esto es ya, lo tengo y debo hacer ahora, eso otro para más adelante, y aquello quizás algún día lo haga”. Lo que pospongo para mañana o pasado mañana no es exactamente el abandono, al contrario, marca la dirección hacia donde pretendo moverme

y por tanto define el sentido ético de mi vida, los principios y valores que he elegido.

Sin embargo, no es lo mejor quedarse en una ética de mínimos. Determinar lo que debo hacer a corto plazo o inmediato es difícil, pues si me paso me producirá frustración y si me quedo corto tendré la sensación de estancamiento, de haber abandonado mis principios o valores. Si persiste, puede que nos decantemos de hecho por abandonarlos. Por tanto, es mejor forzar nuestro nivel de exigencia hasta el máximo posible, siempre y cuando no nos topemos con un muro infranqueable que nos obligue a abandonar nuestros valores. No hay que empeñarse contra viento y marea con lo que no se puede, sino que sin desistir de eso que se pretende, dejarlo para más adelante cuando se encuentre uno más preparado, más fuerte, para volver a intentarlo. No obstante, siempre será necesario aceptar un cierto nivel de culpa que podamos asumir, pues ello significa que seguimos avanzando.

Lo segundo, después de seguir nuestra conciencia, será educarla para que nuestro sistema de recompensa y rechazo se active de acuerdo con nuestros principios y valores. Al ser un sistema adaptativo al entorno, tiende a activarse por la percepción subjetiva del grado de aceptación que nos manifiestan las personas con las que nos relacionamos o el ambiente social más o menos amplio en el que nos movemos. Cuando nos acogen con empatía o nos alaban, la conciencia refuerza los comportamientos que lo han causado. Teniendo esto en cuenta y ajustando su importancia en unos límites razonables, siempre podremos utilizar los mecanismos de nuestra conciencia para reforzar aquellos comportamientos que sean coherentes con los valores que hemos elegido.

### 3. *Valores éticos.*

#### 3.1. *La conciencia errónea.*

Muchos, en particular religiosos, se empeñan en decir que “todos” tenemos un sentido ético, principios y valores que derivan de la idea del Bien, que están gravados en la conciencia de “todos” los seres humanos, de modo que cuando se actúa contra ellos la conciencia culpabiliza. Creen que esto es así porque es algo propio de la naturaleza humana, al ser creados por Dios a su imagen y semejanza.

Para mí, esto es hablar por hablar, dando por conocido algo que no se sabe, que parte de la opinión de algunos, de sus creencias, de su fe. Decir que “todos” tenemos un sentido ético es una falacia, salta a la vista que no es así, numerosos ejemplos evidencian que mucha gente en nuestras sociedades y también a lo largo de la historia, carecen del más elemental sentido ético. Para contrarrestar este hecho argumentan que las conciencias de estas personas les debe hacer la vida insostenible culpabilizándolas de todo cuanto hacen. No niego que haya personas que puedan sentirse culpables, pero sin duda esto es excepcional. Como lo general es que no se sientan culpables, pues para seguir sosteniendo sus tesis arguyen que lo que les pasa es que tienen una conciencia torcida, errónea, que ha dejado de acusarles. ¿Cómo demostrarlo? No hay forma de hacerlo. No sabemos el modo de entrar en la conciencia de cada persona para saber si les acusa o no, y menos aún conseguir una muestra significativa para poder generalizarlo.

El argumento de que la idea de Bien es innata en todos los hombres, es como poco indemostrable. Es un hecho de que el contenido de la idea de Bien se aprende, se transmite y se modifica en cada generación, y que además comparando distintas sociedades se comprueba que presenta gran diversidad. Lo que sí parece heredado, es decir innato, es

el mecanismo de refuerzo o rechazo de nuestros comportamientos que llamamos conciencia, que no podemos identificar con una idea (la idea del Bien), que depende de nuestro lenguaje y cultura particular. Pretender que conceptos lingüísticos se hereden, es una proposición que a nadie se le ocurre intentar probarlo.

### 3.2. *El pecado original.*

Al insistir en que la idea de Bien es innata, impresa en “el alma”, a pesar de que los hechos la contradicen y sea indemostrable, recurren al invento del *pecado original*. Como la conciencia de muchos no les culpabiliza del mal que hacen, sólo puede deberse a la corrupción de la conciencia por el pecado, ya que al creer que el hombre ha sido creado en el Bien la única salida es que el hombre se ha desviado, ha torcido desde el principio los planes de Dios. Así, maldicen a toda la humanidad por el pecado, precisamente por no tener una idea de Bien impresa en el “alma”, como resulta evidente. Contra todo lo razonable, siguen empeñándose en que está oculta en el fondo de la conciencia y lo que hay que hacer es esforzarse por sacarla. ¿Sacarla de dónde? ¿quizás impresa en los circuitos neuronales de la amígdala o del hipocampo? ¿tal vez en el área de Broca situada en el lóbulo temporal del cerebro, especializada en el lenguaje? Maldecir a toda la humanidad con el pecado lo encuentro de una crueldad hipócrita desmesurada. ¿Qué sentido ético puede tener una persona que parte de un principio como este, como base de su ética?

Sé que la proposición del pecado original es dogma de la Iglesia. Por tanto, tengo un problema. Si el dogma se refiere al relato bíblico del Génesis, en el que Adán y Eva pecan al escuchar a la serpiente, pues siempre tendrá a mi modo de ver una exposición más teológica o elaborada, quizás menos mítica. Si se refiere a la tesis de Pablo de que por un hombre (Adán), entró el pecado del mundo y por otro hombre (Jesús), llegó el perdón y la reconciliación con Dios, pues entonces el pecado no puede referirse a un hecho ocurrido al principio y que afecta a toda la historia de la humanidad, sino a un proceso que se desarrolla en el tiempo. Esto me resulta evidente, puesto que entonces a partir de Jesús todos naceríamos en estado de gracia y no de pecado, a no ser que supongamos que Adán y el pecado tienen mayor poder para propagar el mal, que Jesús y la gracia para extender el bien a toda la humanidad.

Si el pecado original se refiere a la tendencia heredada que tenemos todos los seres humanos como género hacia el mal, pues no tengo dificultades en admitirlo. Cada vez parece que acumulamos más pruebas por genetistas y etólogos, de que heredamos características egoístas y altruistas al obtener con ambas ventajas evolutivas. De aquí no se deduce que tengamos una idea de Bien, sino en todo caso una mezcla de bien y mal en diversa proporción. En consecuencia, no hemos sido creados en el Bien que nosotros luego hemos rechazado y torcido oponiéndonos con el Mal, sino que algunos de nosotros aspiramos a vencer el mal que padecemos potenciando nuestra capacidad para el bien, mientras que otros ni lo intentan ni lo hacen, sino todo lo contrario.

### 3.3. *La idea del Bien y la Verdad.*

Se dice que el Bien, no es una opción que algunos hemos elegido, sino que es anterior a nuestras elecciones. Nos dicen que no podemos decidir qué es lo bueno y lo justo, porque nos viene dado de antemano, pues no podemos cambiar lo que es radicalmente injusto “en sí mismo” y tomarlo como justo o bueno. Esto es falso. Lo injusto se da como consecuencia de violar un principio ético que deriva de determinados valores, que han sido elegidos y determinado su contenido. Por ejemplo, si unos creen

que la dignidad de las personas sin exclusiones es un principio ético de primer orden, mientras que para otros la dignidad es un valor jerarquizado que hay que ganarla o merecerla, el juicio ético sobre un mismo hecho variará sensiblemente de un grupo a otro. Unos en justicia no pueden discriminar ni excluir a nadie, mientras que los otros por justicia también, deben separar de la dignidad y el honor a los que no se lo merecen.

La Justicia, el Bien, la Verdad, la Belleza, no son entes metafísicos existentes por sí mismos, principios anteriores a cualquier deducción como algunos suponen, afirmando con la rotundidad de la fe y contra la experiencia, que no cambian, que no son elegibles sus contenidos, sino que simplemente “son”. Para ello, distinguen la idea variable y particular que cada uno se hace del Bien, de lo que “es” en sí mismo. Diferencian conocer del ser. Pregunto, ¿de qué estamos hablando? ¿cómo puedo “saber” si una cosa es o no es, si no puedo conocerla ni decir nada acerca de ello? Dicen que conocen por creencia o intuición. Pero esto no es conocimiento, no pasa del “creer conocer” que no es lo mismo. Si pudiese decir algo por creencia como afirman, entonces al menos en parte conozco algo de lo que sería en sí mismo, con lo cual no hay diferencia con la idea particular que cada uno se hace del Bien.

Pero ellos siguen insistiendo: así como el ente que piensa es distinto de la idea pensada, el Bien como ente es distinto de la idea de Bien que se pueda tener. Aquí se hace una analogía que no es válida. Vamos a ver: el ente que piensa es una estructura definida, el cerebro del hombre, y la idea pensada es una consecuencia de la función de esa estructura, que se fija en las áreas del lenguaje del cerebro y puedo comunicarla, transmitirla a otros. En consecuencia, la idea de Bien no se forma en la estructura propia del Bien en sí, sino en el cerebro humano como función, al pensar en qué es y en qué consiste el Bien. No existe una estructura del Bien independiente de nosotros, como tampoco existe la idea de alcornoque “en sí”, y en todo caso si existiese un ente tal como el Bien, (puesto que el no conocer no nos permite afirmar que no existe), resultaría entonces que ni podríamos decir nada sobre ello ni siquiera podríamos saber de qué estamos hablando. Por tanto, el Bien como ente en sí mismo, como Verdad Absoluta, hay que dejarlo aparte en las cuestiones éticas.

Ante estas afirmaciones metafísicas que son consecuencia de una opción particular de fe, yo no puedo ni suscribir las ni apoyarlas. Sus consecuencias resultan para mí muy negativas. Si alguien supone que conoce la Verdad, es evidente que se cierra a toda posibilidad de diálogo con respecto a otro que no esté en la misma onda o supuesto. El que tiene la Verdad no busca ni intenta en un diálogo cambiar, modificar o variar, ni un ápice su posición de partida, lo que pretende es exponer su verdad de la forma más sugerente posible para que sea aceptada. No dialoga, expone. No busca puntos de confluencia, ni tampoco el consenso sobre lo mejor o lo más justo razonadamente con argumentos, sino que trata de explicar sus verdades lo más claramente posible para que sean asumidas por sus oyentes. Su posición siempre es de fuerza, de poder, puesto que al ser su verdad indiscutible las posibles resistencias a ella del que escucha, las tiene necesariamente que suponer debidas a la debilidad, incapacidad, o manifiesta mala voluntad del que no la acepta y particularmente a la negritud de su conciencia cargada de pecado, que él tiene el deber inexorable de eliminar.

Yo no conozco la Verdad ni siquiera “sé” si existe, por lo que no voy en busca de entelequias metafísicas como son el Ser, la Verdad o el Bien. Es cierto que según mi fe la Verdad y el Bien “son” ya una realidad y desde siempre, pues creo que de algún modo

guían la historia a su completa realización en el tiempo. Pero yo no puedo disponer de ello porque el futuro no está disponible ni determinado para nosotros. Nuestras predicciones no pasan de unos pocos años. No podemos saber que ocurrirá a largo plazo y menos aún en que acabará todo. A pesar de ello, yo tengo la esperanza y la confianza de que **todo acabará bien**, en la plenitud. Pero saberlo, saber en qué consiste, eso no lo sé, ni creo que nadie pueda saberlo. Sería como conocer a Dios y esto es imposible, aunque algunos pretendan tal conocimiento por creencia o fe.

#### 3.4. *La Verdad y la ética en la creencia religiosa común.*

Es común en la fe partir del concepto de Dios como absoluto, creador, ordenador del mundo y de la historia humana. Creen conocer a Dios por sus atributos y su revelación, pues piensan que estos describen la Verdad, es decir, en qué consiste la perfección y la plenitud humana. Ven que Dios debido a su carácter personal no se mantiene aislado en su realidad divina, sino que su ser persona consiste en darse, revelarse. Dios inicia el diálogo y se revela al hombre según el criterio de la pedagogía divina. Así, en la Biblia se narran con frecuencia historias de ciertos hombres destacados o profetas, que tuvieron una sintonía especial con Dios, lo manifestaron y les dijeron a los hombres de su tiempo lo que Dios quería de ellos. Entonces, por medio de los profetas, se establece la base ética fundamental de la revelación de Dios, que para muchos consiste en el decálogo, los diez mandamientos. La Ley de Dios en correspondencia con la Ley Natural, según este punto de vista, es revelación de la Voluntad de Dios y por ello se piensa que tienen un valor irrenunciable y obligatorio para “todos” los hombres, las generaciones y culturas.

Los religiosos fundamentalistas metafísicos afirman que estos principios éticos al derivar de la Ley Natural, de la Verdad y la Justicia que proviene de Dios, están por encima de cualquier ley o derecho. En consecuencia, piensan que son vinculantes para todos los hombres. Pero hoy es un hecho extendido que ni Dios, ni la Verdad y ni la Justicia, son evidencias que se impongan por sí mismas sin excepciones para todos. ¿Cómo puede derivarse de ellos una ética normativa vinculante para el conjunto de las sociedades humanas? Una ética normativa que obligue a todos sólo puede hacerse mediante una ética de mínimos por razones de convivencia, donde puedan basarse las leyes civiles. Insistir en que las leyes y el derecho tienen que ajustarse a la Ley Natural que proviene de Dios, sólo consigue el desprecio de unas proposiciones inútiles para los no creyentes, que provienen de un tiempo anterior ya concluido.

No creo que conocer la Verdad esté a nuestro alcance y si hay alguien que se atreva a decirlo, pues lo que veo es simpleza e ignorancia y a menudo lo que es peor, una enorme *voluntad de poder*. Las consecuencias de creer saber concretamente en qué consiste la Verdad, la perfección del hombre, su plenitud, el final de la humanidad, ha causado graves daños en la historia. No sólo este supuesto saber es característico de creyentes religiosos, sino también de las ideologías, que se presentan como utopías realizables, tan a menudo impuestas por la fuerza contra todos los disidentes.

#### 3.5. *A la búsqueda de una confluencia.*

Los cristianos tenemos que rebajar la voluntad de poder, de la que ha hecho gala la Iglesia con profusión a lo largo de la historia, para ofrecer una propuesta de elección como una alternativa no sólo viable sino atractiva. Tenemos que abandonar la prepotencia de anunciar la Verdad irrefutable, para competir con otras propuestas también válidas con argumentos y razón, al estar convencidos de que la nuestra es la mejor.

La extensión imparable en nuestra sociedad europea del bienestar de una mentalidad antimetafísica, no debe impedir el diálogo con los que tenemos una fe religiosa. De un lado tenemos la concepción nihilista del mundo, que cierra el futuro en la Nada para el hombre personal y colectivo, agoreros de la destrucción y la extinción; de otro el hedonismo, que transforma el placer en norma, guiándose sólo por lo que gusta y rechazando el resto; y por último el relativismo ético, por el cual da lo mismo una cosa que otra, aparte de las normas consensuadas por razones de convivencia que suelen admitir los relativistas menos radicales.

Poca confluencia puede haber cuando nihilismo significa sólo destrucción y extinción, o con el hedonismo irresponsable de la libertad sin límites, o con el relativismo del todo vale. Sin duda estas son posiciones irracionales, y llevadas a su extremo radical son insostenibles. Pero la concepción nihilista- relativista y hedonista de la razón ilustrada, no tiene porqué implicar su exclusión por nuestra parte como personificación del mal, pensando de ellos que se han dejado seducir por el “demonio”. Si los cristianos de los primeros siglos de la Iglesia supieron reconvertir su filosofía helenística pagana en una filosofía compatible con la fe ¿por qué razón hoy en nuestro mundo relativista-nihilista- hedonista, no vamos a saber hacerlo? No podemos descolgarnos de nuestro mundo, de la razón ilustrada actual, simplemente descalificándola por no ajustarse a los presupuestos de una filosofía y teología tradicional, que ya no le sirve a nadie.

En la confluencia con el relativismo nihilista, el budismo y religiones orientales en general, están en una posición de partida mucho más favorable que nosotros los cristianos. ¿Es que acaso no queda nada que aportar por nuestra parte cristiana, al pensamiento y mentalidad de nuestra sociedad, aparte de oponernos y descalificarlo? Nuestra propuesta tal vez tendría que ser más nihilista- relativista- hedonista que los que la promueven desde el agnosticismo o ateísmo, como hicieron los Padres de la Iglesia que apelaron a una razón más poderosa que la propia del helenismo pagano, desde dentro de su sistema de pensamiento. Si la razón ilustrada de hoy no es capaz de sostener la fe, de nada sirve recurrir a razones del pasado para sostenerla. Aprovechémosla y traigámosla a la fe, utilicémosla para su justificación.

Por ello siempre en mis propuestas he partido de la libre elección entre alternativas posibles, con igual validez y valor, por tanto, desde el estricto relativismo nunca desde la prepotencia del que se cree en posesión de verdades eternas. Estoy de acuerdo con el relativismo no radical, pues pienso que para dialogar hay que partir de posiciones de igualdad, presuponer la misma buena voluntad de intención en buscar la veracidad de las distintas propuestas, y utilizando argumentos de similar validez con el fin de alcanzar el juicio de valor mejor que el diálogo justifique. Además, en la elección tampoco apelo a un criterio de verdad irrefutable, sino al contrario voy buscando lo que a mí me parece mejor, lo más justificado en el diálogo, pero también lo que me conviene e interesa, lo que me gusta, por tanto, desde un punto de partida hedonista, por si acaso a algún otro le gusta lo mismo y podemos compartir experiencias.

Con respecto al pesimismo nihilista pues no he encontrado demasiados puntos de convergencia, señal de que no lo he pensado suficiente. Quizás se podría buscar una confluencia en la experiencia del silencio de Dios, o a través de la experiencia de sumergirse en el profundo abismo vacío de la espiritualidad mística, que supongo nos acercaría a la Nada o Nirvana budista. No me gusta este camino, así que lo único que se me ha ocurrido es proponer un diálogo con aquellos nihilistas que tengan ciertas dudas

de que el final esté tan cerca que no queda nada por hacer, es decir, que vean la destrucción de todo, la extinción de nuestra especie o la propia muerte, suficientemente lejana. Con solo esto, pues evidentemente permite que podamos trabajar juntos en eso común que nos quede o nos falte por hacer. Lo importante desde mi punto de vista, es colaborar hacia lo mejor, independientemente si se considera transitorio, incluso efímero, o bien permanente y eterno.

A algunos especialistas en filosofía ética no creyentes en ninguna fe religiosa, les he oído decir que deberíamos encontrar el modo de sostener las propuestas éticas de Jesús, justificándolas con razones válidas, argumentadas de modo coherente, e independientes de su marco religioso. En este punto se nos abre a los cristianos un campo de diálogo con nuestra sociedad laica, agnóstica o atea, que puede ser muy fructífero si no echamos mano de verdades reveladas, de la autoridad de la Iglesia o de Jesús, y nos conformamos con la racionalidad de las propuestas, pues tenemos aquí objetivos comunes.

El objetivo común no es dialogar sobre la necesidad de una ética de mínimos consensuados en que se basen los códigos deontológicos profesionales y las leyes, que dicho sea de paso no tiene por qué excluir una ética cristiana. Sin embargo, nosotros como cristianos no estamos buscando principalmente una ética de mínimos, al contrario, buscamos una ética de máximos que señale las metas del hombre personal y colectivo, hacia dónde vamos y queremos ir. Una ética de mínimos y otra de máximos no tienen por qué ser incompatibles entre sí pues podrían desarrollarse en una misma dirección, aunque busquen objetivos diferentes. La ética de máximos busca respuestas a las aspiraciones y expectativas de la humanidad para abrir el futuro a la esperanza.

### 3.6. *Jesús y la Verdad.*

Yo he optado por la fe en Dios, Jesús y su Iglesia, no por una revelación o iluminación especial, el descubrimiento inesperado de la Verdad, ni por un supuesto “encuentro” con Jesús, sino por una serie sucesiva de elecciones según mi criterio personal de “lo mejor”, de lo más justo, en aquello que me interesa y que puedo dar una justificación razonable.

Si a Jesús lo presentamos como fuente de la Verdad metafísica, o bien como el hombre sumiso y obediente en todo a la Voluntad de Dios, sujeto a su Ley, sólo interesará a aquellos conservadores que buscan seguridad en sus convicciones y el orden en su comportamiento ético de talante estoico. Estos cristianos tienen en el decálogo la expresión de la Ley Natural como norma de vida, de la cual Cristo al destacar lo esencial, la consideran como la más perfecta y definitiva de las revelaciones de Dios.

Estos identifican la Verdad con Dios. Creen conocer la Verdad, la voluntad de Dios. Creen saber quien es, y por ello tratan de explicarlo e imponerlo. Pero pretender conocer a Dios es imposible, pues nadie jamás lo ha visto cara a cara, con la única excepción según mi fe de Jesús de Nazaret. Sin embargo, el mensaje de Jesús no desvela el contenido de la Verdad, ni cuando llegará ese tiempo de plenitud. Ni las cartas de Pablo, ni el Apocalipsis, ni en el conjunto del NT, y menos en el AT, nos aclaran las cosas. Pero aunque yo creo que Jesús si conoce a Dios y el contenido de la plenitud humana, su revelación no es de conocimiento sino de seguimiento, nos dice por donde hay que ir pero en ningún caso nos instala en ella. Nos deja a cada uno de nosotros la labor de concretarla paso a paso en nuestra vida. Sólo nos invita o propone ir en una dirección, de modo que



si la tomamos nos promete y asegura que alcanzaremos la plenitud, la satisfacción por exceso de todas nuestras expectativas y esperanzas.

Jesús no nos enseñó que era el Bien y la Verdad, sobre esto lo único que dijo es que él mismo era el Bien y la Verdad, pero *nosotros no podemos ser Jesús*. La Plenitud no está a nuestro alcance. Pero si seguimos a Jesús, es porque la ruta por él propuesta nos convence, y creemos que algún día podremos alcanzar la Plenitud humana porque que él sí conocía a Dios, *pero no nosotros*. Dejemos de suponer lo que es la Verdad y el Bien, deduciendo una ética desde arriba imponiéndola a los demás, y vayamos juntos a ir descubriendo poco a poco nuestras verdades e ideas de bien, entre todos.

#### 4. *Las vías éticas cristianas.*

##### 4.1. *La vía de talante estoico.*

Centrándonos en la ética cristiana, dejando el diálogo ético con los no creyentes para otra ocasión, encuentro tres modos o vías distintas de realización ética. Una de ellas puede ser la ética o moral estoica. Cuando un cristiano entiende que seguir a Jesús consiste en someterse a la voluntad de Dios cumpliendo sus mandamientos en su versión cristiana, la realización religiosa consistirá en el contenido ético de su doctrina, de acento estoico. El hombre en este caso buscará la completa sumisión al poder soberano de Dios semejante al modo musulmán, dejándose guiar por el profeta Jesús sólo por que se prefiere su doctrina a la de Mahoma, a la de Buda, o de cualquier otro, tal vez por que cumple mejor con sus particulares expectativas. Tratará de adecuar su vida a la Ley de Dios según Cristo, lo cual se traduce en un *vivir trágico o serenamente heroico*. Necesita el deber, el hacer, la obligación, el mandamiento. Por ello la libertad es entendida desde este punto de vista principalmente como responsabilidad. La coherencia y responsabilidad son sus lemas, y sus consecuencias el orgullo de sus éxitos personales y la culpabilidad de sus fracasos.

Sin duda coherencia y responsabilidad no son conceptos despreciables, sino todo lo contrario. Entiendo la responsabilidad no precisamente la que nos imponemos a nosotros mismos, sino la que está referida a algo o a alguien. Respecto a algo, en el sentido de que para alguna tarea somos insustituibles, es decir, que sin nosotros las cosas sucederían de otra manera, no llevarían nuestro sello sea cual sea. Incluso cuando esa tarea sea sólo el sufrimiento. Respecto a alguien en el sentido de que para ese alguien somos imprescindibles como marido, amigo, compañero, padre, hijo, maestro, etc., pues si faltamos le causaríamos un grave daño, a veces irreparable. Sin nosotros no habría nadie, somos importantes.

Por el contrario, si la responsabilidad está referida a nosotros mismos, es decir, que respondemos sólo ante nuestra conciencia, pronto la modificaremos para dar cabida a cualquier cosa. La auténtica responsabilidad es externa a nuestra propia vida, aquella que no podemos manipular a nuestro gusto. Por ello, considero la verdadera responsabilidad aquella que responde frente a algo, frente a alguien y sobre todo frente a Dios, desde la perspectiva cristiana que hemos elegido. Nuestra conciencia personal deberá entonces ir poco a poco conformándose con la doctrina de Cristo.

Pienso que es la vida la que nos reclama responsabilidades y nos obliga a asumirlas. Es evidente que si no asumimos las responsabilidades que conllevan nuestras elecciones, no podemos llevar a cabo ninguna tarea, transformando nuestra vida en un

caos y confusión estéril, perdiendo el propio sentido de la vida. En situaciones graves o traumáticas, como estar atrapado por condiciones sociales o económicas difíciles, una grave enfermedad crónica, un deterioro físico irrecuperable, la muerte de un ser querido, la proximidad inminente de la propia muerte, es cuando se manifiestan con más evidencia nuestras elecciones. Se puede aceptar el reto de “**sufrir**” valientemente hasta el final o dejarse dominar por el desaliento, la desesperación o la tristeza. Hasta en los momentos más duros y sin salida que llevan a un destino fatal, la vida reclama entereza. Privados de libertad civil, en esclavitud o bajo tortura o amenaza, reclama también entereza. La reclama desde la responsabilidad, pues siempre tenemos la opción de dejarnos hundir o por el contrario hacerle frente y servir de ejemplo sosteniendo a los más débiles, aquellos que aunque sufran tal vez menos necesitan apoyo para poder soportarlo.

Todo esto tan del gusto estoico tiene sin duda valores defendibles, pero aquí Cristo no representa nada extraordinario, únicamente determina las reglas morales y el talante ético con el que se enfrenta la vida. Su resurrección tiene sólo una función semejante a la ascensión del profeta Mahoma a los cielos, como confirmación de que su doctrina es verdad revelada. Por consiguiente, no necesitamos a Cristo para nada. El hombre que piensa así, que lleva la ética hasta sus últimas consecuencias, no aspira a tener una auténtica relación con Dios, sino en todo caso a ser premiado por su esfuerzo. El sentido de plenitud del hombre será el estricto cumplimiento de los mandamientos según la doctrina de Cristo, además de lo que la Iglesia determine.

#### *4.2. La vía del humanismo cristiano.*

Otra vía para realizar las propuestas éticas de Jesús puede centrarse en él, visto como el límite humano del hombre. Cristo enseña dónde está el límite de la humanización del hombre, justo en el punto de encuentro con Dios. La realización religiosa en esta forma de ver las cosas consiste en imitar lo que la vida de Cristo contiene de entrega y servicio, en particular a los pobres y víctimas de este mundo, hacia una humanidad nueva. Siempre me ha parecido que la perspectiva humanista inspirada en Cristo, es la que marca la dirección del cristiano de verdad y comprometido. Pero como la realidad de mi vida transcurre alejada de estos ideales, con la sensación permanente de contradicción y contraste culpable, me deja la impresión de que se cierran las puertas para mí de ser un cristiano auténtico de vida entregada. Con todo, me siento atraído por la aspiración e ilusión de colaborar hacia la humanidad nueva y justa que Cristo propone, y que al final del tiempo sea glorificada en la que yo también participe.

El acento, en esta ética humanitaria radical, se coloca en la actividad social, política y económica de las sociedades humanas, buscando la justicia y así liberar al hombre de todas sus servidumbres. Pienso que nuestra sociedad occidental a pesar de todo, no ha abandonado los principios cristianos esenciales como horizonte ético. De esta ética pueden ser deducidos los ideales de democratización, de libertad, de igualdad, de paz, de tolerancia, de defensa de la justicia para todos, que tienen una amplia aceptación como valores asumibles. Su acogida se basa en la confianza de que los valores que se defienden, valen la pena frente a otras alternativas.

Asumirlos depende de una decisión, una elección tomada libremente, aunque se parta de motivaciones y argumentos distintos a los cristianos. Se podrá optar por proposiciones opuestas, según sea el modelo de hombre y de sociedad a la que se aspira, de lo que se quiere para uno mismo y para el futuro. La alternativa opuesta sostiene la

desigualdad o el privilegio, la discriminación o la marginación, la dependencia o la esclavitud, siempre queda clara la frontera entre ambas opciones. Sin embargo, a veces, aunque sepamos donde se encuentra, de hecho, no siempre se es coherente con lo decidido en todos los momentos y situaciones. Lo frecuente es que la línea de nuestras decisiones sea una línea quebrada llena de recovecos y oscuridades. Lo que permanece es la opción de partida y donde hemos colocado la meta, el camino suele estar lleno de dificultades.

Algunos opinan que sólo las personas justas, honradas y responsables son las únicas que merecen recompensas y privilegios frente a las otras, gentes incultas, fracasadas, vagas y maleantes, a las que se les niega la dignidad personal por lo que sólo merecen nuestro castigo y desprecio. Esta actitud es el origen de toda discriminación y desigualdad negando de hecho la libertad y dignidad de las personas, por confundir la justicia con el mérito. Los peores son los que piensan que los que tienen, dinero, poder, clase, prestigio, etc., son los que merecen todos los derechos, mientras que los que no tienen, no merecen ninguno. Confunden la justicia con el tener, con la posesión de bienes, con el poder y la riqueza.

Me causa una tremenda vergüenza pertenecer a este primer mundo occidental del bienestar, de la riqueza y el derroche, frente al otro mundo, marginado, pobre, y hambriento. La desigualdad crece de forma imparable, nosotros “los ricos” cada vez más ricos, ellos “los pobres” cada vez más pobres. ¿Cuánto tiempo piensan los poderosos sostener la tensión de la diferencia? La gente común de nuestro mundo rico aún ve excusas, porque los más ricos y poderosos de nosotros, tienen tal ansia de acumulación y progreso que les lleva a estrechar cada vez más su círculo, marcando su diferencia abismal con el resto, reteniendo la mayor parte de la riqueza en unos pocos, de modo que para la gente común ellos son los únicos responsables. No nos damos cuenta suficiente que somos nosotros los que los sostenemos. Jamás en la historia del hombre se han dado diferencias tan acusadas.

No podemos permanecer impasibles, descargando nuestras responsabilidades en otros. Muchos hay que no soportan la vergüenza de esta situación y pienso que es imposible sentirse cristiano y pasar del problema diciendo que no se puede hacer nada. Tenemos la promesa de Cristo de que al final vencerá la justicia y que en el futuro una humanidad nueva y justa poseerá la Tierra. No creo en la magia y por ello pienso que ese final no llegará si no ponemos empeño y esfuerzo en conseguirlo o por lo menos encauzar el proceso en la dirección adecuada. Muchos cristianos ilusionados con esta perspectiva de futuro han centrado en ella su fe y puesto toda su energía en promover condiciones más justas, más libertad, para los pueblos empobrecidos y explotados, en colaboración con otros que desde otras posiciones distintas a las cristianas tienen los mismos objetivos. Luchan contra las estructuras sociales, políticas y económicas que sostienen la injusticia y la desigualdad, negándose a colaborar con ellas o sostenerlas desde diversos frentes. Otros actúan como voluntarios en diversas ONGs o en congregaciones religiosas, haciendo una labor impagable. Muchos de ellos viven cotidianamente con la amenaza de muerte encima, y algunos han pagado con su vida el empeño de oponerse a los poderosos por defender los derechos de sus víctimas. Nunca se hablará en su favor lo suficiente.

La fe en Cristo, que se sostiene en la disposición de servicio y entrega a los demás, se mide por el nivel de justicia asumido. Pues si la acción por la justicia no es clara precisa y contundente, todo el edificio religioso y ético se desmorona, el sistema no será más que un complicado artificio de justificación personal que no sirve de nada. Si la justicia es

falsa o débil, también será mentira y debilidad el contenido ético y la dignidad personal, y por tanto aunque digamos que tenemos fe en Cristo, la fe estará vacía o muerta. Si ante la injusticia, la degradación personal, el dolor humano, permanecemos indiferentes nos inhibimos y no hacemos nada estamos en franca contradicción, nuestra elección es sólo externa, inútil y vacía. Por ello debemos revisar una y otra vez y cuanto sea necesario, nuestro grado de compromiso y elección por la justicia, pues la intensidad de la respuesta frente a la injusticia es la medida de nuestra fe y del nivel de exigencia de nuestras responsabilidades.

Algunos piensan que la entrega altruista no es una cuestión ética o de nuestra elección y responsabilidad, sino que es un carácter genético de nuestra especie. El altruismo sería entonces uno de los mecanismos de supervivencia, que por su eficacia ha sido seleccionado frente a otras alternativas. Creo que es posible que exista un núcleo instintivo y natural para el comportamiento altruista con base genética. En ningún momento se dice aquí, que la entrega altruista a los demás sea algo distinto a lo que nosotros somos, impuesto externamente a nosotros mismos. Por el contrario, es lo que está más de acuerdo con las metas y aspiraciones del hombre, por tanto en línea con su instinto natural, con lo que es el hombre y la dignidad humana.

#### *4.3. El cristianismo no es sólo un humanismo.*

Sin disminuir en nada la importancia que tiene esta actitud ética frente a la injusticia, cabe la posibilidad extremando este punto de vista, que en el empeño de mejorar las condiciones de los más pobres Cristo quede en el fondo como un simple punto de referencia. El objetivo se establece en el progreso económico y el desarrollo de una humanidad más justa del futuro, sólo con un toque de inspiración cristiana. El ser cristiano queda entonces desposeído de religión transformándose en un humanismo, y Cristo relegado a mera función de referencia para el progreso humano.

Sin Cristo creer en el progreso de la humanidad y que el futuro se dirija hacia una sociedad justa, comparable con el Reino de paz anunciado, no pasa de ser una intuición que puede estar equivocada. Los cristianos tenemos la garantía de que la dirección de la humanidad a pesar de todo va en ese sentido, pues creemos en la divinidad de Cristo y por tanto su promesa de que al final el mal y la muerte serán vencidos se cumplirá. Si Cristo no es el centro y sostén de esa esperanza, entonces la creencia en un futuro humano de paz y justicia es una entelequia, simple deseo sin consistencia. La autenticidad de una vida en su lucha por la justicia y la libertad quedan sin futuro, sin respuesta de Dios. La resurrección de Cristo garantiza la realidad final de una humanidad nueva, justa y definitiva. El anuncio y promesa de Cristo afirma la esperanza y abre todo un futuro espléndido para el hombre.

Con todo ello y siendo central en nuestra práctica cristiana la actitud de servicio y entrega a los demás, la defensa de la justicia, etc., si nos fijamos en Dios- el Padre en realidad no tiene ningún papel a jugar aquí o es secundario. El Padre no aparece implicado directamente en la salvación o liberación del hombre que sólo a Cristo compete. En este sentido la cristología se convierte en exclusiva, la única religión posible. Todos los demás fenómenos religiosos son inciertos, dudosos, a menudo frustrantes, de los que sólo se puede rescatar lo que coincide por casualidad con Cristo y su mensaje de justicia y paz para el mundo. Cristo y Dios son aquí la misma cosa, de modo que descubriendo a Cristo

descubro a Dios, así que me puedo ahorrar todo intento de encontrar a Dios como razón de toda existencia. La oración y adoración van dirigidas a Cristo, pasando del Padre, pues lo único que importa de Dios es Cristo.

En consecuencia, el encuentro con Dios-Padre y con Dios-Hijo se dan por dos caminos separados, independientes, existiendo dos puntos de referencia en la adoración y oración netamente diferenciados. Por un lado, partiendo del Padre con resultado de una ética de responsabilidad, consecuente y heroica, y de otro partiendo de Cristo, con resultado de una ética de servicio, de lucha por la justicia. La coherencia y el compromiso, derecha e izquierda del cristianismo, y aunque no son opuestos entre sí no resulta fácil llegar a una síntesis. Si afirmamos ambas opciones tenemos claramente un doteísmo, pero ningún cristiano puede renunciar a cualquiera de ellas sin alterar seriamente su fe.

Jesús no es un profeta al que Dios le ha hablado y nos dice a los demás lo que quiere que hagamos, con la comunicación de mensajes o leyes como un oráculo, sino que nos **transmite cómo es Dios**. Jesús es transparente a Dios, pues los cristianos creemos que la voluntad de Jesús es idéntica a la voluntad de Dios-Padre. Por ello nuestra oración y adoración va dirigida al Padre principalmente, para tratar de ahondar en el encuentro con Dios, pero pasando necesariamente por Cristo en un todo único. La derecha e izquierda cristiana no son antagónicas sino complementarias. Una responsabilidad y justicia, coherencia y compromiso. Lo quiere todo, lo abarca todo, por eso ser un buen cristiano resulta tan sumamente difícil.

#### 4.4. *La vía del amor.*

¿Qué hacer? Tenemos la fe en Dios que hemos elegido, la esperanza en una humanidad nueva en paz y justicia, que abren todo el futuro para nosotros y ponen la eternidad en nuestras manos. Tenemos la fe en Cristo y su Iglesia que nos dan el criterio para conocer la voluntad de Dios, lo que quiere de nosotros, sus mandamientos y enseñanzas. Tenemos los sacramentos y las celebraciones que nos colocan en la disposición y dirección adecuada. Sobre todo, tenemos la oración que nos permite ponernos en sintonía con Dios, comunicarnos y dialogar con Él, facilitando el asumir compromisos y responsabilidades en coherencia con lo que creemos. Sabemos lo que tenemos que hacer, tenemos los medios, pero por lo general caemos desesperadamente en los mismos fallos y errores. Nuestro empeño y esfuerzo se desvanecen en la culpabilidad y la frustración sin resultados. Unos son más constantes con más empuje y determinación que otros, pero para ambos la distancia con la meta sólo hace crecer a medida que aumenta la conciencia de nuestras infidelidades.

Pienso que la razón del estancamiento sin salida es, que, a pesar de una fe inquebrantable incluso con una alta frecuencia de práctica sacramental, de ayuno, oración y penitencia hasta caer exhaustos, si nos falta caridad si no amamos, nada de todo ellos nos aprovecha, no hemos hecho nada. No podemos “comprar” un lugar en el cielo acumulando Misas, oraciones, sacramentos, abstinencias, limosnas, sacrificios, penitencias, etc., si nos falta lo esencial. Incluso controlando estoicamente nuestras tendencias instintivas, el sexo, el carácter, el egoísmo, etc., hacia un talante moral irrepachable, no avanzamos nada en ser un buen cristiano seguidor de Jesús. Todo lo más seremos buenas personas, pero no cristianos. Sólo nuestro esfuerzo y empeño no son suficientes.

Ser cristiano es una persona que ama, una persona entregada al amor. Todo lo

demás carece de sentido y es inútil, si no va dirigido en el sentido de crecer en el amor hasta sus últimas consecuencias. Pero, al contrario, si tenemos claros los objetivos de la caridad y el amor, toda nuestra práctica religiosa colabora y actúa en nuestro favor, pues en lugar de ser inútil resulta imprescindible, pues somos tan torpes e imbéciles que aunque comprendamos la simplicidad del amor nos resistimos a practicarlo. Lo más simple quizás sea lo más difícil. Podemos ser muy “piadosos beatos” y preocuparnos por controlar nuestra moral, vigilando comportamientos, actitudes, intenciones, sin conseguir nada por que el amor escapa a todos nuestros controles. No podemos obligar a nadie a amar, ni tampoco a nosotros mismos. Lo único que está en nuestra mano es ponernos en disposición para aceptarlo y retenerlo cuando el amor se produce. Hay que *querer amar*, hay que querer ser amante y amado, no oponerle resistencia y acumular la leña suficiente y abundante para que cuando salte la chispa se encienda, soltando toda la pasión y energía que el amor contiene. Su fuego producirá el cambio que nuestro talante ético y moral necesita.

La chispa que enciende el amor no es la del enamoramiento fugaz del flechazo, que es explicable por una atracción química- hormonal o sexual, un estado de alteración que puede acercarse al éxtasis y que muchos definen como una locura transitoria. El amor que también tiene frecuentes arrebatos, es mucho más sereno y perdurable, profundo y fiel, que transforma toda la vida en una unión perfecta inseparable. Porque el que ama de verdad traspasa su propio límite para comprenderse en el otro. La comprensión propia y la de los demás, lo que tiene y lo que valora, ya no lo encuentra en sí mismo sino en quien ama. El ya no cuenta, todo lo ve a través de la persona amada. El que ama deja de mirarse el ombligo, su conciencia y su moral, salta de su propio egocentrismo para colocar en el primer lugar y valor de su vida a quien ama.

##### 5. *Dios es amor.*

Jesús pone el amor en lo más alto y lo da como lema de vida: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”. Esta es la puerta que abre Cristo y que hay que pasar necesariamente para encontrar a Dios, sólo hay que seguirle. Un hombre cerrado al amor, afincado y asegurado en sí mismo, no tiene capacidad cristiana. Por el contrario, si no impide expandirse al amor, sino que no le pone frenos ni límites, encontrará que su persona se abre a una nueva vida en el encuentro con Dios. No nos confundamos, no es cualquier amor, el amor de Cristo contiene justicia, libertad, igualdad, dignidad, respeto, tolerancia, compasión, perdón, entrega, solidaridad, paz. Jesús no queda al margen de todo ello, sino que se implica en él, al decir: “como yo os he amado”. Es por tanto para nosotros un amor de imitación de seguimiento. No existe ningún suceso, actitud o palabra de Cristo que vaya contra el amor, ni tampoco en todo el NT, todo lo contrario, lo enseña y promueve. Porque el amor es la única voluntad de Dios Padre para el hombre y Cristo lo vive con radicalidad absoluta, por encima de cualquier otra razón o justificación, incluso de sí mismo y de su propia vida. No hay nadie, ni razón, ni poder, ni institución humana alguna que pueda disuadirle.

¿Cómo podemos alcanzar las alturas que el amor reclama? Un sinfín de cosas nos retienen. Podemos sentirnos iluminados, extasiados, atraídos por el amor de Cristo sin barreras, pero la realidad nos devuelve una y otra vez a nosotros mismos y a la cotidianidad de la vida sin amor. Con sólo nuestro esfuerzo fracasaremos. Entonces nos queda poner toda la confianza en Cristo, tenemos su promesa de que no seremos abandonados. Él nos llevará a las cumbres del amor si le somos fieles.

El amor es un buen proyecto para el hombre. Creo que sólo el amor puede llenar de sentido y significado la vida humana, ni más que el amor ni menos que él. Por amor las tareas que se asumen se hacen con sentido, la vida se nos llena y vale la pena vivirla. Pero el amor tiene muchos grados y matices. Cuando alcanza un alto grado de intensidad, de duración en el tiempo, se hace extenso e incontenible. Se llega en el amor a la total disponibilidad de entrega a los que se aman, pasando de los propios intereses y si fuese necesario soportando humillaciones, torturas, aguantando el peso de la injusticia sin doblarse ante ella, incluso sin detenerse en el momento de la entrega de la vida. Si este nivel de entrega alcanza a todo ser humano concreto, amigo o enemigo, sin discriminaciones ni deserciones, hace elevar el valor del amor y de la entrega más allá del límite del hombre, traspasando la frontera que lo separaba de Dios. No veo ninguna posibilidad de poner el listón más alto, no hay meta superior a esta para el proyecto de ser hombre. Es el hombre por fin perfectamente libre, que vive instalado en la realidad de Dios y a la vez Dios vive en ese hombre, en aquel que deja de verdad que Dios le ame.

Jesús de Nazaret es el amado por Dios desde el principio. Pero Jesús ama también a su Padre-Dios con rotundidad absoluta y de este amor deriva su conocimiento mutuo. Así Jesús es transparente a Dios, de modo que el que “ve” a Cristo ve también a Dios-Padre y lo conoce, por eso Él puede mostrarlo tal cual es. Cualquiera otro hombre que ame a Dios y a los demás con la rotundidad y radicalidad de Jesús, es también transparente a Dios, lo conoce por que lo ama. No creo que abunden esta clase de hombres, aunque haya algunos que tienen en ciertos momentos extraordinarios de su vida cierta semejanza. Pero estos son precisamente los que nos muestran a todos lo demás el verdadero rostro de Dios en nuestro mundo. Todos queremos amar, pero la mayoría ponemos resistencia. ¡Ojalá, pongamos suficiente empeño y esfuerzo en ello, en **querer amar y ser amado**, en el seguimiento a Cristo, con la limpieza y claridad necesaria, y podamos ver a Dios junto a nosotros, a nuestro lado!

Dios es amor, ahora puedo mostrarlo y decir: **¡¡míralo, está aquí!!**

*“Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo amor nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha... El amor no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque imperfecta es nuestra ciencia e imperfecta nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto desaparecerá lo imperfecto... Ahora subsisten la fe, la esperanza y el amor, estas tres. Pero la mayor de las tres es el amor”. (1Co. 13).*